

LA PANDILLA DEL CAPITÁN MONDONGO

EL RESCATE DE PUERQUÍN

©2020, Jesús López Moya por el texto
©2020, Gallego Bros por las ilustraciones

Corrección: Consuelo López Moya
Diseño y maquetación: Fun Readers, S.L.

©2020, Fun Readers Editorial, S.L.
C/ La Landrona, 2
03380 - Bigastro (Alicante)
info@funreaders.es
www.funreaders.es

Primera edición: Octubre 2020
ISBN: 978-84-121816-4-7
Depósito Legal: A 276-2020

Impreso en España - Printed in Spain
Reservados todos los derechos

JESÚS LÓPEZ MOYA
ILUSTRACIONES DE GALLEGO BROS



*A los niños y niñas que sueñan con ser héroes.
Os cuento un secreto: ya lo sois.
A mi hermana Consuelo, que hace que las historias
mejoren mientras hace que la nuestra sea especial.
Jesús López Moya*

1

**DESCUBRIENDO
AL CAPITÁN
MONDONGO**



—¡Despierta, que ya son las ocho y media y no vas a llegar al cole!

—Mmm... Ya voy, mamá... déjame cinco minutos más, porfiii. —Kiko tenía más sueño que si hubiese estado jugando al **FORTCHICHE** toda la noche.

—¡Que no, que luego el maestro te castiga por llegar tarde y no quiero sentirme culpable! —La madre se iba poniendo roja porque no había manera de que Kiko se levantara...

—Vale, vale... —musitaba deseando que llegara el fin de semana... ¡pero todavía era martes!

Kiko se levantó bruscamente al ver la amenaza de la zapatilla de su madre rondando sus orejas y se dirigió rápidamente al aseo. Hizo como que se lavaba la cara en tres segundos, soltó un pipí laaargo y salió a vestirse con el chándal de su personaje favorito: el **DOCTOR LOCATI**.

Fue entonces cuando llegó su momento preferido: el desayuno. Dicen que el desayuno es la comida más importante del día, ¿verdad? Pues Kiko se lo tomaba tan al pie de la letra que se podría decir que con esa comida podría pasar todo el día. Se zampó cuatro bollos, dos vasos de leche, un *croissant* de mantequilla... y un donut (para rematar los niveles de azúcar). Sabía que pesaba bastante más de la cuenta, pero sus pasiones eran comer y ver en la tele **LOS EXPERIMENTOS DEL DOCTOR LOCATI**, y no pensaba renunciar a ninguna de las dos cosas.



Tras mucho masticar, y viendo que eran ya las nueve menos diez, cogió la mochila a toda prisa, se despidió de mamá y de su perro Culete y salió echando humo, sin darse cuenta de que llevaba el pantalón de chándal medio caído por la parte trasera, enseñando lo que todos llaman «la hucha». **Por favor, deja de imaginar un trasero sobresaliendo por el pantalón y sigue leyendo...**

De camino al cole iba pensando en que justo a primera hora le tocaba Educación Física, ¡oh, no! Tendría que mover su orondo cuerpo al ritmo de un profe sargento al que todos apodaban «el Flexiones» (siempre obligaba a hacer flexiones en el suelo a quien se portaba mal o simplemente al que le apetecía). Además, debido a su elevado peso,

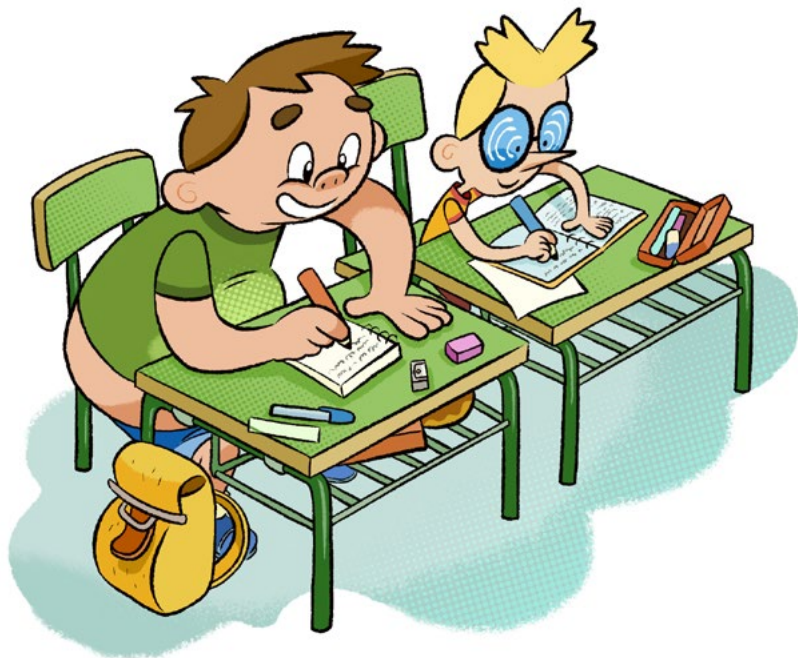
Kiko era la víctima perfecta de las burlas de algunos de sus compis. «Si supiesen de mi doble identidad... más de uno callaría», pensaba Kiko en esas situaciones.

«RRRIINNNGGG». Las nueve, ya sonaba la sirena y como siempre Kiko estaba a unos cien metros del cole. Sabía que le tocaría otra vez llegar tarde y que su clase de Educación Física comenzaría, cómo no, con el temido castigo. Y así fue, unas flexiones por aquí, unas burlas por allá, mil vueltas a la pista y, por fin, la calma: tocó la sirena para el cambio de hora y terminó de sudar unos cincuenta litros más.

Fue entonces cuando llegó su clase favorita: Ciencias Naturales. Kiko era un apasionado de los insectos, de las rocas extrañas, de ver cómo eran los humanos por dentro... Por eso sus compañeros lo veían precisamente como un bicho raro, de ahí que siempre se sentase junto a su único amigo de verdad: Dani.



Dani era el otro «**marciano**» de la clase. Pesaba apenas veinticinco kilos y era con diferencia el niño más delgado y bajito de todos. Eso sí, tenía un cerebro privilegiado. Le habían hecho todo tipo de pruebas en el cole, total para determinar que era un cerebritito, y eso lo convertía en un ser más apartado del resto si cabe. La verdad es que sus gafas modelo «culo de vaso» y su mala costumbre de que le sangrase la nariz cuando salía a la pizarra no ayudaban mucho a mejorar su reputación.



El resto de clases pasaron sin pena ni gloria para ambos, simplemente fue un día más, un aburrido día más en aquel cole en el que no eran precisamente *sex-symbols* ni los

típicos chavales con éxito que tienen siempre una marabunta de gente a su alrededor dispuesta a admirarlos.

Al salir de clase, Kiko y Dani se fueron a su escondite secreto, un lugar en donde fantaseaban con todo tipo de aventuras. Era un terreno abandonado a las afueras, lleno de naranjos, con una vieja cabaña de madera muy antigua por donde no pasaba nadie (salvo algunas garrapatas, pulgas y demás pequeños habitantes incómodos). Allí eran realmente felices, nadie los molestaba y podían jugar libremente, aunque a uno se le viese un poco la hucha o el otro hiciese donaciones involuntarias de sangre por la nariz. ¡Eh! **Recuerda: insultar o faltar al respeto a alguien por su aspecto o condición es caca de la vaca, ¿ok?**

A las siete se fueron de allí y se despidieron hasta el día siguiente. Vivían a tres calles el uno del otro, por lo que el camino a casa en solitario era muy corto y no temían que les pudiese interceptar algún macarra de la ESO al paso. Justo al despedirse, Kiko estuvo a punto de contarle a Dani su secreto, pero tenía miedo de que este no estuviese preparado y se fuese de la lengua: su doble identidad debía seguir a salvo. «Más adelante se lo diré, y puede que hasta le haga mi ayudante, o mi compinche, o mi cocinero de donuts...», pensó Kiko mientras entraba por la puerta de su casa.

—¡Ya estoy aquíí! —dijo con una voz que era mitad saludo, mitad petición de que su madre le hiciese un buen bocata de paté con chorizo.

—¡Hola, mi chiquitín! ¿Quieres que te prepare un bocadillo de esos que tanto te gustan? —Su madre le hablaba como si hubiese aparecido un ángel caído del cielo, lo adoraba con pasión. **Verdad universal: tu madre, aunque a veces te castigue o se ponga en plan sargento, te quiere con locura.**

—Vale, mami, pero deja de llamarme chiquitín, ¡por favor!

A Kiko no le gustaba mucho que le llamasen chiquitín. Primero, porque veía que con casi diez años que tenía ya no le pegaba, y menos todavía si se trataba de él y sus sesenta kilos de peso.

Kiko devoró su bocata viendo dos capítulos del **DOCTOR LOCATI**, y de premio para su cuerpo... ¡¡otro dónut!!

Se dio cuenta de que ya eran las ocho y todavía tenía que hacer los deberes, ducharse, cenar y... lo más importante, preparar su siguiente plan para luchar contra las injusticias. **Si, has oído bien: PLAN PARA LUCHAR CONTRA LAS INJUSTICIAS (música tipo cha-cha-cha-cha, por favor).**



Así que hizo las tareas del cole a toda prisa, con mala letra (como siempre), se duchó sin echarse ni siquiera jabón y bajó a cenar como un jabalí que acaba de terminar la dieta.

No había tiempo que perder, así que devoró su plato en un abrir y cerrar de ojos mientras hacía como que atendía a la conversación de sus padres y volvió a su habitación como un cohete (un cohete de sesenta kilos, claro).

El nuevo plan del **Capitán Mondongo** estaba a punto de ver la luz. Cerró la puerta de su habitación y puso una silla detrás a modo de sistema bananero de seguridad por si alguien quería entrar. Entonces, sacó del fondo de su mochila un amasijo grasiento de hojas del periódico escolar que había utilizado como envoltorio secreto para sus dónuts. De allí sacaría alguna noticia que le motivase a actuar como el auténtico, el único, el regordete... **¡¡CAPITÁN MONDONGO!!**

Comenzó a leer fragmentos del periódico buscando injusticias, pero tan solo veía chorradas:

«Jenny Martínez, la de 4º, promete amor eterno a Juan Ramón Cabezón de 5º».

«La profe de Naturales se compra un coche nuevo que utiliza pipi como combustible».

«Miki, el macarra de 6º, bate el récord de flexiones seguidas: ¡97!».

Cuando ya se le estaban quitando las ganas de leer tanta tontería y comenzaba a pensar en gominolas, apareció ante sus ojos la noticia que estaba esperando, el titular perfecto:

«¡ROBAN A PUERQUÍN. LA MASCOTA DEL COLEGIO!».

Kiko miró entonces hacia el techo lleno de ira mientras gritaba: «¡Puerquíín, nooo, lo es todo para nuestro cole! ¡Llévame a mí, Señor, pero a Puerquín noooooo!».



Puerquín era un cerdito vietnamita de color rosado, no muy grande (unos diez kilos de peso), y con una pequeña mancha negra en el lado izquierdo de la cara. Además, su gruñido era muy agudo y resultaba muy gracioso al escucharlo. Formaba parte del colegio desde hacía ya más de tres años y era muy querido por todos. Cada semana, una clase se encargaba de alimentarlo y por las noches dormía en una sala de material del colegio, dentro de una caja de madera llena de juguetes. Todo el mundo lo agasajaba, lo quería y lo sentía como propio. **A ver, ya sé que es raro que haya un cerdito vietnamita como mascota... ¡pero es que es lo más!**

Siguió leyendo y vio la magnitud del asunto: el director, don Hipólito, estaba sumido en una profunda depresión, pues quería al cerdito como a un hijo. Además, los equipos de fútbol, baloncesto y petanca del colegio habían perdido sus respectivos partidos de paliza al no ver al dicho charachero Puerquín apoyándolos. Aquello había sembrado la desilusión en el centro y el **Capitán Mondongo** no estaba dispuesto a permitirlo.

Estaba claro: debía recuperar a Puerquín, el cerdito-mascota del colegio, a cualquier precio. Y lo que era más importante: debía rescatarlo bajo la identidad de **Capitán Mondongo**, sin que nadie supiese que sería él, Kiko, quien lo haría.



Miró su reloj y vio que ya eran las diez y media, hora de acostarse. Se prometió a sí mismo que durante el día siguiente indagaría sobre el paradero de Puerquín, para después irrumpir como el **Capitán Mondongo** e impartir justicia para recuperar al valioso cerdito y dar su merecido castigo a los malhechores. Tras esto, se puso el pijama del **DOCTOR LOCATI**, se metió el dedo pulgar en la boca y se durmió como un bebé gigante. Un bebé de sesenta kilos.

2

¿QUIÉN HA ROBADO A PUERQUÍN?

